

SOLO UN HISTORIADOR

LO preguntó alguno a la entrada. "¿Quién habla hoy?" "Un historiador." El preguntón, que acaso pensaba que iba a escuchar a Santiago Carrillo, no disimuló su decepción: ¡sólo un historiador!

Otro historiador pasó por el Club Siglo XXI la semana anterior: Ricardo de la Cierva. Pasó arrollando: por su obra y por su personalidad. Este otro historiador que le ha seguido, Xavier Tusell, de muy diferentes características personales, con un fondo de timidez que se le asoma a los ojos, a pesar de esto también ha entrado en la historia arrollando. Arrollando con sus libros. Le cuento ocho: todos importantes. Pero si los ponemos en relación con una juventud que, por el corto número de años, debo calificar de insolente, habrá que convenir en que la palabra "arrollando" no es exagerada.

Tusell empezó por la sociología y nos dio un libro ineludible: "Las elecciones del Frente Popular en España". Escribió luego, a caballo entre la sociología y la historia, un libro cuyo título era ya un atrevimiento: "Oligarquía y caciquismo en Andalucía". El título era un atrevimiento, pero el libro lo justificaba, y Costa, en su tumba, pudo removerse satisfecho. Por último, Tusell ha desembocado en la historia política. Y hasta en la política, que es condición para que un historiador no sólo sepa de lo que escribe, sino que lo viva, que es saberlo dos veces.

"Oligarquía y caciquismo", a juicio mío y no sólo mío, es su libro mejor; un libro que le ha nacido clásico ya. Pues bien; su autor se retrata en él de cuerpo entero cuando censura a las clases conservadoras, que, "lejos de ser lo suficientemente reformistas, como para resultar, en última instancia, conservadoras"... Me parece reveladora esta frase, que tan extraordinariamente se parece a la famosa del príncipe de Lampedusa en "El gatopardo" ("Si queremos que todo siga como está, es preciso que todo cambie"), con tal que quitemos a ésta lo que contiene de cinismo para quedarnos con la justa referencia a lo que no puede cambiar sin que se derrumbe todo. Pero a un hombre que suscriba esto último, ¿cómo le llamaremos?

* * *

EN España hemos hecho imposibles muchos términos a fuerza de meterles dinamita. Aquí no se ha podido hablar de izquierdas sin que las monjas se santiguaran, y ahora mismo, ¿quién es el guapo que se presenta como de derechas? Por esto ha habido que inventar el Centro. Por supuesto, el Centro no es sino una derecha bien vestida mentalmente, una derecha con educación, que es lo que rarísima vez han sido nuestras derechas, montaraces y berroqueñas. Esto explica que un hombre como Tusell haya escrito una historia de la oposición democrática al franquismo poniéndose él dentro de esa oposición, y que persona tan plácida, respetuosa y ponderada, a mi juicio, como soy yo mismo, haya podido escandalizar en ciertas épocas a determinados sectores de nuestra sociedad.

Huyamos, pues, como del fuego de la palabra "derecha" y digamos sencillamente que Tusell es un conservador inteligente, un conservador a la europea, que a mi entender es lo más noble y responsable que se puede ser en política, con todo aquello que acompaña a esa actitud y la hace fecunda: el sentido de la estabilidad y de la libertad, el gusto por la moderación y la armonía, la tolerancia, el espíritu de convivencia, el respeto a la realidad y a la evolución que impone la realidad; todo aquello que hoy puede permitirnos sacar adelante la transición si no lo echa todo a rodar el brillante utopismo nacional.

Entre esas cualidades quiero destacar el respeto a la realidad, que es la marca del auténtico político y del historiador que sabe comprender, que es lo que debe hacer, y no juzgar, el historiador. Todavía hace tres años, cuando Tusell publicó su "Historia de la democracia cristiana en España", y, analizando la experiencia de la CEDA, echaba de menos que no se hubiese formado un partido democrata cristiano químicamente puro, aunque hubiese sido al precio de partir aquél en dos, yo tenía que reprocharle ese planteamiento excesivamente académico. ¿Qué quería: que se hubiese echado a la gran masa de derechas hacia su extrema derecha, como pasó en el otro lado con la gran masa de izquierdas? Ya se sabe lo que sucedió cuando estalló la guerra civil y dejó a ambas masas sueltas. Pero, por esto mismo, el deber de la CEDA no era cerrar a las suyas el colegio, sino mantenerlas en él.

Educar a las derechas, que eran su fuerza, no prescindir de ellas, era el problema de los años treinta. ¿Y no sigue siendo el problema de los años setenta? La constante debilidad de las alternativas democráticas al franquismo, que ha historiado Tusell, era que se movían en el vacío. Este era el argumento de quienes pretendían el cambio desde dentro. La realidad ha dado la razón a los de dentro y a los de fuera: a los que creían que no podía haber cambio contra Franco y a los que sostenían que no habría cambio con Franco; en efecto, el cambio sólo ha podido hacerse después de Franco, pero desde dentro y apoyándose en las masas de Franco. Y esto Tusell lo vio, y el artículo en que anunció su cambio de actitud hacia la única que le parecía posible (y en política lo posible es la única verdad) fue un acto de sensatez tan heroico como en tierra de locos lo es siempre la cordura, y que por sí solo vale tanto como el que valga más de los libros que su autor ha escrito.

* * *

EN el Siglo XXI habló del regionalismo. Dijo cosas muy sensatas y esperanzadoras: la que más, la comparación entre 1931 y 1977; lo que entonces se hizo mal, ahora se está haciendo bien. Exactamente eso puntualizó: se está haciendo. Porque el problema es complejo, difícil y de solución a largo plazo; y pienso en el matrimonio donde las cosas van mal: tan mal, que se ha llegado a la situación, que exponía Ortega, de que hasta las caricias se sienten como un irritante roce de cadenas. Pero entonces, ¿qué se puede hacer? Pues lo que el mismo Ortega proponía en las Cortes de la República: conllevarse; esperar del tiempo lo que sólo el tiempo puede conseguir cuando nos apoyamos en él y no lo forzamos: lo cual, como digo en mi "Historia política de las dos Españas", "podrá no ser fórmula que a todos satisfaga, pero no sé de ninguna mejor".

Por primera vez en dos siglos parece que nos encontramos en coyuntura y estado de ánimo adecuados para empezar a aplicarla. Hacia falta que, al hurgar en el problema, se hiciera con tanta delicadeza que, profundizando la indispensable para recordar las equivocaciones comunes, nunca se llegase tan adentro que saltara la sangre. Delicadeza y amor puso el conferenciante en sus palabras. Y esa esperanza, repito, que tanto se echa de menos en tantos, quizá porque, cuando contemplan con aprensión el futuro, se han olvidado de comparar dónde estamos y dónde podríamos estar. Seguramente se debe a que no están acostumbrados, como un historiador lo está, a mirar el pasado para aprender a pisar firme en el presente.

¡Sólo un historiador!, decía alguno a la entrada. A la salida podríamos haberle replicado: ¡todo un historiador!

José María GARCIA ESCUDERO